



McManus, Matthew (2025). *The Political theory of Liberal Socialism.* Routledge. 246 páginas

Jonas Casado Etxeberria
Universidad Complutense de Madrid  

<https://dx.doi.org/10.5209/itdl.99880>

En este libro, Matthew McManus pretende llevar a cabo una recuperación (*retrieval*, término técnico acuñado por C. B. Macpherson) del socialismo liberal. Es decir, pretende sacar a la luz los compromisos éticos fundamentales de la tradición liberal, que han quedado ocultos con el tiempo, para distinguirlos de los principios del neoliberalismo contemporáneo y mostrar así que son compatibles con las aspiraciones socialistas (p. 2). Para ello, McManus propone una historia del socialismo liberal que comienza con Thomas Paine y Mary Wollstonecraft y llega hasta nuestros días con autores como Axel Honneth y Chantal Mouffe. En ese recorrido no pretende hacer historiografía, o defender su propuesta política, sino mostrar que estas aspiraciones están de hecho presentes.

El libro puede dividirse en una introducción y tres partes. En la primera, se esbozan los orígenes del socialismo liberal; en la segunda, su maduración –con autores como John Stuart Mill y John Rawls– y en la tercera se analizan pensadores contemporáneos, tratando de proyectar un camino prometedor para esta propuesta.

Antes de nada, en la introducción, McManus define lo que entiende por “socialismo liberal”. Aunque sus formulaciones sean diversas, hay varios puntos que la mayoría de los autores de esta tradición tienen en común (p. 17). Primero, una ontología social colectivista combinada con un individualismo normativo. Esto significa que, por una parte, se rechaza el atomismo metodológico; es decir, la unidad de análisis más simple no es el individuo, sino las dinámicas y fuerzas sociales (en el caso de Rawls, la estructura básica). Pero por otra, normativamente, el desarrollo de la personalidad del individuo tiene un lugar central. El segundo punto es la igualdad de oportunidades para tener una buena vida, que se logra a través de la provisión de recursos compartidos y del desarrollo de las capacidades humanas de cada uno. El tercero, instituir una estructura básica con instituciones políticas democráticas. Además, estas instituciones deben extenderse –en contra de otras versiones del liberalismo– a ámbitos como la economía y la familia, con el fin de acabar con la explotación laboral y con la opresión contra la mujer (p. 21).

Una vez esbozados los principales rasgos de la propuesta socialista liberal, McManus se propone demarcar sus orígenes. Esto demuestra ser más complicado de lo que pudiera parecer en un primer momento, debido a la dificultad de identificar un origen unitario del liberalismo. En todo caso, McManus tratará de alejarse de pensadores canónicos como Locke para encontrar el nacimiento de una rama del liberalismo más comprometida con las aspiraciones igualitaristas.

Al hacer esto, pretende discutir la tesis típicamente marxista según la cual el objetivo del liberalismo, desde sus orígenes, es defender la propiedad privada y asegurar el poder de la burguesía. McManus no niega del todo esta posibilidad, pero pretende señalar autores liberales (proto-socialistas) en los que esto no se da.

El primero de ellos es, como hemos adelantado, Thomas Paine. Paine polemizó contra las ideas del pensador conservador Edmund Burke, defendiendo la Revolución Francesa y sus ideales de igualdad, libertad y solidaridad. Pero no solo eso, también propuso medidas económicas de redistribución de la riqueza completamente innovadoras para su época (pp. 67-71). El segundo precedente que McManus destaca es Mary Wollstonecraft, que en su *Vindicación de los derechos de la mujer* trató de solventar una de las muchas limitaciones del liberalismo anterior, a saber, que no incluyera a las mujeres dentro de su marco de igualdad (p. 77-79). Ninguna de estas dos figuras puede considerarse aún socialista, pues sus principios igualitarios no van más allá de proponer ayudas estatales para los más necesitados. Pero en ellas puede hallarse un precedente que choca bastante con figuras como Hobbes o Locke en su trato del ideal de la igualdad.

La segunda parte del libro, la más extensa, está dedicada a la maduración del socialismo liberal. Empieza exponiendo el pensamiento de John Stuart Mill, al cual McManus considera el primer socialista liberal

propiamente dicho. Después, somete la propuesta de Mill a la crítica al liberalismo llevada a cabo por Karl Marx, sosteniendo que la posición de Marx hacia el liberalismo es algo más matizada de lo que normalmente suele considerarse. A continuación, trata de ofrecer varios desarrollos diversos que el socialismo liberal ha tenido desde Stuart Mill hasta John Rawls, los cuales incluyen la crítica cristiana al *ethos* capitalista llevada a cabo por R. H. Tawney, la propuesta socialdemócrata de Eduard Bernstein, el programa político-económico de Keynes y la crítica al marxismo del antifascista italiano Carlo Rosselli. Con esto, McManus pretende señalar cómo autores de distintos orígenes, marcos teóricos y objetivos comparten un convencimiento fundamental sobre la necesidad de un socialismo liberal.

Más adelante en esta misma sección, McManus recoge la crítica al “individualismo posesivo” que llevó a cabo C. B. Macpherson. Este término refiere al *ethos* según el cual el individuo se entiende como absolutamente dueño de sus capacidades y de su persona, sin deberle nada a la sociedad por ellas. Según Macpherson, este *ethos* constituye el núcleo del liberalismo (p. 165). No obstante, McManus contrapone cómo, contra esta moral, socialistas liberales como Mill o Rawls propondrán una ética del desarrollo (*developmental ethics*), según la cual el máximo bien no está en la máxima producción y adquisición, sino en poder desarrollar las capacidades propias de cada ser humano. El principio igualitarista del socialismo liberal se revela como la necesidad de una igualdad de oportunidades para este desarrollo personal, lo cual requiere unos ciertos bienes primarios.

A continuación, McManus se propone algunos elementos del socialismo liberal que pueden encontrarse en el pensamiento de John Rawls. Para McManus, esta es la formulación más madura de dicha doctrina, pese a tener algunas serias carencias. Rawls indica explícitamente que los dos únicos sistemas políticos que pueden cumplir los principios de justicia son el socialismo liberal y la democracia de propietarios (p. 176). Sin embargo, McManus se inclina a pensar que el socialismo liberal sería una mejor opción para cumplir estos principios, pues en una democracia de propietarios es más fácil que se den formas de dominación basadas en las desigualdades patrimoniales (p. 186). Así, la propuesta de Rawls cumpliría todas las condiciones para ser considerada un socialismo liberal. Sin embargo, McManus le critica que, al no haber desarrollado una teoría del poder, no quede claro cómo se podría instaurar dicho sistema desde una perspectiva rawlsiana (pp. 187-189), especialmente en países en los que un cambio de gobierno de este tipo implicaría sufrir la intervención imperialista de los Estados Unidos (p. 189).

McManus trata de compensar la falta de pensamiento antiimperialista y anticolonial de la teoría de Rawls a partir del Liberalismo Negro Radical (*Black Radical Liberalism*) de Charles Wade Mills. En vez de pensar principios de justicia para una sociedad bien ordenada, Mills propone pensar principios de justicia *correctivos* que tengan el fin de transformar una sociedad en la cual ya se dan, de antemano, la opresión de raza y de clase (p. 201). Esto no termina de solucionar las carencias de la propuesta rawlsiana, tal como McManus señala en las últimas páginas del libro, pero es un comienzo.

La tercera y última parte del libro está dedicada al presente y futuro del socialismo liberal. En ella, McManus analiza varias derivas que tuvo el pensamiento socialista (o de izquierdas, en general) tras la caída de la Unión Soviética. En concreto, se centra en autorías como Chantal Mouffe, Ernesto Laclau, Norberto Bobbio y Axel Honneth. Mouffe y Laclau se preguntan por cómo llevar adelante una propuesta socialista en un momento en el que el antagonismo de clase ha perdido su capacidad de dividir la sociedad en dos grupos bien demarcados (p. 210). Su respuesta acaba siendo que, en vez de plantear la transformación social en torno a una única clase (a saber, el proletariado), esta debe articularse alrededor de una multiplicidad de demandas sociales heterogéneas, comprendiendo que todas ellas se contraponen a un mismo poder dominante (p. 211).

McManus contrasta esta corriente contemporánea con la propuesta de Axel Honneth, pensador de la tercera generación de la Escuela de Frankfurt que vuelve la vista atrás a la llamada *izquierda hegeliana* y se preocupa por cómo conservar ciertos rasgos de la democracia liberal (p. 217). Basándose en Hegel, afirma que tanto la libertad “positiva” como la libertad “negativa” descritas por Isaiah Berlin son necesarias pero insuficientes; por tanto, deben complementarse con la “libertad social”, basada en el mutuo reconocimiento institucionalmente instanciado (p. 220).

Por último, McManus termina el libro señalando varias debilidades o tareas pendientes del socialismo liberal. Además de las críticas ya realizadas a Rawls, afirma que los socialistas liberales están demasiado incrustados en las aproximaciones estadísticas de la justicia, y que suelen tener problemas para integrar la multiplicidad real de formas de opresión en sus propuestas políticas (p. 230). No es de extrañar, dice McManus, que el liberalismo tenga mala fama, dada la manera en la que se ha aliado con el capital desde el fin de la Guerra Fría. Sin embargo, por todo lo expuesto en el libro, considera que merece la pena hacer un esfuerzo por intentar recuperar las aspiraciones liberales (p. 233).

En general, McManus propone una genealogía innovadora que desafía las historias más canónicas del liberalismo, y muestra que más allá de haber servido como muleta ideológica del capital, hay aspiraciones liberales que es posible (y necesario) recuperar para cualquier propuesta socialista contemporánea. El autor insiste en que, históricamente, el socialismo es heredero del liberalismo, y que sus principios normativos básicos coinciden, por mucho que puedan diferir en la formulación o la manera de alcanzar los mismos.

Cabe advertir, sin embargo, que el lector no hallará en el libro ninguna confrontación o diálogo entre la tradición (socialista) liberal y la tradición (socialista) marxista. Todos los pensadores que McManus analiza son liberales, con la única excepción de Marx (además la interpretación de este tal vez esté demasiado mediada por autores liberales y del marxismo analítico). Así, en ocasiones se dan por válidas las objeciones que los autores comentados hacen al marxismo de manera algo acrítica, sin dejar que este se defienda.

Es cierto que el libro pretende ser una recuperación de las aspiraciones socialistas dentro de la tradición liberal, y no una confrontación con la tradición marxista, pero el autor expresa en varias ocasiones su intención de ser convincente tanto para liberales como para marxistas. No obstante, resulta complicado que esto ocurra si no se tiene en cuenta a los pensadores de la segunda tradición.

Esto se manifiesta especialmente en los momentos en los que ambas tradiciones chocan. Por ejemplo, en la discusión sobre si la economía debiera o no organizarse como un mercado, o en la manera en la que se pretende llegar a instaurar un sistema socialista. Respecto al primer problema, el autor menciona la crítica marxista según la cual organizar la producción en un mercado en el que la propiedad de los medios de producción está en manos privadas puede llevar a la desigualdad y el dominio, pero la rechaza alegando que dicha objeción “rechaza la lección hegeliana de que, con el tiempo, transiciones suficientemente granulares pueden agregarse hasta el punto de producir un cambio cualitativo en la naturaleza de nuestras formas sociales, en favor de una visión más totalizadora” (p. 116).¹

No obstante, fórmulas como esa no tienen ningún valor en abstracto, solo sirven para esquivar la pregunta. No cualquier transformación granular puede llevar al cambio cualitativo deseado. Si se quiere afirmar que es posible un “socialismo de mercado” en el cual pequeñas reformas llevarán a una transformación radical, se tendrá que justificar cuáles serán esos cambios graduales y de qué manera su acumulación llevará a dicha transformación. Pues hay que tener en cuenta que una afirmación así confronta directamente la tesis de la crítica de la economía política marxiana según la cual el mercado, al obedecer al *telos* de la valorización sin fin del valor, lleva a la acumulación del capital y a la explotación de los trabajadores. La tesis marxista más común en este respecto consiste precisamente en afirmar que una serie de reformas graduales no podrían cancelar esta dinámica estructural, sino que tan solo afianzarían el poder de la burguesía al impedir que se dieran las condiciones adecuadas para que el proletariado se alce. Se acepte o no esta posición, en caso de que quiera discutirse, es necesario entrar *de facto* a discutirla. No es posible pretender ser convincente en lo relativo a esta cuestión sin reconocer la seriedad del argumento marxista y contraargumentarlo de manera detallada y explícita. Al no hacerlo, la posición de McManus no resulta persuasiva.

En cuanto al segundo problema, el de la manera en la cual se pretende instaurar un socialismo liberal, el mismo autor admite en el último capítulo que responder a ello es aún una tarea pendiente para esta tradición política.

En todo caso, más allá de la ausencia de obras de la tradición marxista en los capítulos en los que McManus polemiza con dicha tradición, el libro cumple con sus propósitos. Además de informarnos sobre ciertas secciones de la historia del liberalismo que suelen obviarse, también funciona como un buen recordatorio de que no hay *un* liberalismo, sino una multiplicidad de doctrinas que comparten ciertas aspiraciones a modo de aires de familia. Algunos de esos liberalismos es necesario rechazarlos, y McManus da buenas razones para ello, pero otros son perfectamente compatibles con las aspiraciones igualitaristas del socialismo, y merece la pena recuperarlos.

Convendría, además, leer este libro junto a los de otros autores que comparten el propósito de McManus. *Revisiting Marx's Critique of Liberalism* (2019), de Igor Shoikhedbrod puede ser útil para complementar el argumento que McManus quiere construir a favor de la compatibilidad entre el pensamiento de Marx y los principios normativos del liberalismo. A su vez, *Liberalism against itself* (2023), de Samuel Moyn, puede aportar más profundidad a la crítica que se hace en este libro a los liberalismos más adquisicionistas o cercanos al neoliberalismo. En conjunto, pueden hacer que, para muchos lectores, el socialismo liberal no sea ya una quimera impensable, sino una propuesta inspiradora. O, al menos, recordar a aquellos lectores más lejanos al liberalismo cuáles son los principios normativos básicos a los que ninguna otra teoría puede renunciar.

Referencias bibliográficas

- Shoikhedbrod, Igor (2019). *Revisiting Marx's critique of Liberalism* (Reconsiderando la crítica de Marx al liberalismo). Palgrave Macmillan.
- Moyn, Samuel (2023). *Liberalism against itself: Cold war intellectuals and the making of our times* (El liberalismo en contra de sí mismo: intelectuales de la Guerra Fría y la gestación de nuestros tiempos). Yale University Press.

¹ Traducción propia. Texto original: “rejects the Hegelian lesson that over time sufficiently granular transitions can aggregate to the point where a qualitative shift in the nature of our social forms can occur for a more totalizing view”.